

cidos de vírgenes y adornados de turbantes y pedererías, van á despertarse bajo las alas de pájaros estremecidos al primer soplo de la mañana? He aquí una nueva época en el génesis de las religiones. El inmenso lecho de las aguas, que encerraba en su cáliz la primera alma de las cosas, se ha abierto y extendido al sol de los patriarcas, y sus semillas, dispersadas por los vientos, han hecho germinar dioses por todas partes. La oleada del Ser se precipita desde su fuente; la vida se divide; la abstracción se personifica; el pasado comienza á acumularse, y puede ya ser narrado. Ya es tiempo, en efecto, de reemplazar el himno por la narración, los Vedas por las epopeyas, el Orfeo de la India por su Homero.

III

La religión india en sus relaciones con la poesía épica

Una de las funciones vitales de la sociedad consiste en ir descubriendo, unas en pos de otras, las riquezas del pasado, á medida que va ampliando y perfeccionando su desarrollo. Un mismo siglo no ha visto reaparecer á la vez todos los esplendores de la antigüedad, antorchas que sólo sucesivamente y por grados han ido encendiéndose. Desde el momento en que la Edad Media debe salir de su noche, comienza ya Virgilio á despertarse con el genio latino, convirtiéndose en el institutor de la Italia moderna y en guía del Dante que abre las puertas del porvenir. Más tarde, cuando esta fuerza se debilita y el siglo desfallecido tiene necesidad de un segundo impulso, es Homero quien, viniendo de Constantinopla y rodeado del cortejo de los oradores y poetas griegos, sale del olvido, acaba de disipar ante su soplo la Edad Media y crea el Renacimiento. También los grandes hombres modernos obscurécense á veces al día siguiente de su aparición, y quedan como si nunca hubiesen exis-

tido; pero su acción é influjo, suspendidos un momento, vuelven á renacer bien pronto más poderosos: tal fué Shakespeare que, olvidado completamente por el siglo XVII, viene á resucitar en nuestros días, provocando con su resurrección la resurrección de Alemania. Pueden, pues, todos esos hombres ser considerados como luminosos mensajeros que de tarde en tarde vienen á iniciar la aurora de las grandes jornadas del mundo intelectual. Hoy Europa está cansada—confiésalo ella misma—hasta tal punto, que si recorremos la Alemania, Inglaterra ó Francia, encontraremos por todas partes alentando y viviendo bajo una misma sombra, aunque con apariencias diversas, los espíritus todos, atentos, no al presente, sino á la esperanza de una cosa que no saben cómo nombrar. Virgilio, Homero, Dante y Shakespeare no bastan ya á alimentarlos, necesitando, según ellos mismos dicen, nuevas fuentes de agua viva para humedecernos y refrescarnos en nuestro desierto moral. Mas he aquí que de súbito brota de la roca una ola de inspiración, aun no aprovechada por generación alguna; he aquí que son pronunciados multitud de nombres ignorados hasta entonces; he aquí que quedan descubiertas nuevas lenguas y religiones perdidas y dioses ignorados. Una poesía desconocida, la poesía india, comienza á revelarse, y más allá del Homero griego muéstrase un Homero indio en la extremidad de los tiempos, pues que los críticos más moderados colocan su nacimiento mil

años antes de Jesucristo. Volvámonos, pues, hacia aquel lado y veamos lo que puede ser una *Odisea* y una *Iliada* en las orillas del Ganges. Mas ¿qué es lo que nosotros podemos tener de común con aquel genio á quien el tiempo y el espacio han puesto tan lejos de nuestra existencia? ¿Qué debemos esperar de él para el porvenir? ¿Qué bien ó qué mal nos augura? Virgilio y Homero prestaron parte de su vida al siglo de León X y de Luis XIV. ¿Qué siglo nacerá al soplo de este Homero del golfo de Golconda?

La India, como la Grecia, posee dos epopeyas principales, y bajo los títulos de *Ramayana* y *Mahabharata* tiene también su *Iliada* y su *Odisea*. Y por cierto que si la extensión de las obras constituyese su importancia, ninguna como la literatura india, cuyo más insignificante poema no baja de treinta mil versos, tendría derecho á ocupar el primer puesto. En 1800 fué ya publicada la tercera parte del *Ramayana* en Sérampor, pero el buque que traía uno de los fragmentos de esta preciosa carga naufragó en el trayecto de las Indias á Europa, de modo que sólo pudieron llegar á Inglaterra los tomos I y III. Wilhelm Schlegel, persuadido sin duda de que la cuestión literaria de nuestro tiempo estriba en el renacimiento oriental, ha emprendido desde hace algunos años una edición completa de las dos epopeyas; pero esta publicación no se halla aún terminada, de suerte que en el estado actual de la crítica esas grandes masas poéticas perma-

necen todavía en gran parte desconocidas, como colosos de Tebas sepultados hasta la cabeza en las arenas, y de los cuales sólo las diademas se perciben. Sin embargo, los fragmentos descubiertos bastan para que podamos determinar el género y carácter del conjunto, del mismo modo que los naturalistas recomponen, con la parte de un animal perdido, el todo vivo de donde ha sido separada.

La forma de estas composiciones excluye la idea de un análisis literal. Si tuviéramos que indicar aquí el carácter del poema de Ariosto, sería vano que intentásemos seguir uno á uno todos los pasos de aquel genio caprichoso, pues no bien penetráramos en aquel laberinto encantado, perderíamos el hilo conductor, que muchas veces hasta al mismo poeta se escapa. Pues bien; la marcha vagabunda de Ariosto es un camino derecho y clásico en comparación con la del poeta indio, de modo que si penetrásemos al azar en esa inmensa selva virgen, siguiendo á la ventura todos los senderos al alcance de nuestros ojos, bien pronto quedaríamos perdidos y sin esperanza. No hay mejor manera de explicar la exuberancia de tales poemas que comparándola á la de aquel árbol indio cuyas ramas, al inclinarse y llegar hasta la tierra, se arraigan, dividen y bifurcan por todas partes, y brotan nuevos retoños, los cuales á su vez se convierten en árboles que, ramificándose de nuevo y germinando y reproduciéndose, se multiplican así dondequiera y forman una selva que no es, por de-

cirlo así, más que una sola planta, de donde se exhalan todas las armonías de un mismo continente: frescos perfumes, murmullos y exfoliaciones de la naturaleza de los trópicos. ¿Dónde se hallan el germen y las ramas y el tronco de ese árbol infinito? Pues así cada incidente en aquellas epopeyas tiende á convertirse en un nuevo poema. Si queremos, pues, no perdernos en aquella inmensidad, habremos de imitar á los europeos cuando pretenden establecerse en el seno de las selvas vírgenes de las Grandes Indias, los cuales procuran trazar, al través de ellas, grandes vías rectas, que van á parar á puntos de antemano conocidos y señalados. Siguiendo este procedimiento, estableceremos varias divisiones en el examen de esas epopeyas, aun immaculadas como las sabanas y bosques en que sólo el cóndor y la boa han habitado, y de este modo iremos estudiando las relaciones de tal poesía con su autor, con la religión nacional, con la naturaleza asiática, con las instituciones civiles y con la historia de las Indias en general.

Mas ante todo, debemos conocer cuál ha sido la condición del poeta mismo. Su nombre es Valmiki, y no pasará seguramente nuestro siglo sin que quede inscrito al lado de los de Homero, Dante y Shakespeare, por ser de los que pertenecen á esa raza de hombres que resumen toda una civilización. ¿Cuál fué su vida? ¿Cómo llegó á componer su obra? Son estas cuestiones de hecho resueltas desde la aparición del *Ramayana*, epopeya que,

como la del Dante, pone en escena desde el principio la persona misma del poeta. Retirado á la sombra de una selva sagrada, prepárase desde los primeros versos por una larga purificación á recibir la inspiración divina. Todo en él anuncia á un hombre de la casta de los sacerdotes, que purifica su espíritu para hacerlo digno de producir el poema nacional de los indios: su santuario es el fondo de los valles; hace sus abluciones en las aguas divinas del Tomosa; sus discípulos le llevan hasta la orilla del río las religiosas vestiduras, y cuando sale del agua, hállase dispuesto su espíritu sin mancha á reproducir fielmente las imágenes imperecederas que en él quieren imprimir los dioses. ¿Quién no advierte el sentido profundo oculto en este principio? ¿Dónde está el hombre que no tiene necesidad de una ablución interior antes de comenzar su tarea? ¿Dónde aquel que no se haya bañado en las olas de los dolores humanos antes de recibir, según la expresión oriental, la segunda vida, la vida de la inspiración? ¿Dónde el filósofo ó el artista que no haya, al menos una vez, lavado el polvo de sus sueños en las orillas de lagos inmaculados y refrescado su frente en el abismo insondable? Todo poeta, antes de comenzar su obra, recógese un momento en el secreto de los bosques ó en el secreto de su corazón: Byron, en el mar de las Cycladas, lejos de los ruidos de Inglaterra; Chateaubriand, en los bosques de la América del Norte; Camoens, en la soledad del Océano; Milton, en la soledad de las

tinieblas; Dante, en la soledad más oscura aún del destierro. Los pintores de la Edad Media, más poetas aún que pintores, arrodillábanse antes de tomar los pinceles, y comenzaban por adorar en sí mismos la imagen que iban á representar. En suma, nadie entra en el reino de la poesía, de la filosofía y de la razón sin pasar antes por alguna prueba, y esta es la idea que se halla escrita con rasgos indelebles sobre el umbral de la epopeya india.

La escena que sigue acaba de dar á este comienzo todo su valor. Apenas el poeta indio se encuentra preparado por la plegaria y la maceración, no bien ha llegado al estado de santidad, el Dios supremo, Brahma, desciende de las alturas del cielo y le visita en su choza de follaje. Al punto le reconoce Valmiki á través de su apariencia mortal; prostérnase para adorarle, y luego, presentándole un sitial hecho de madera de sándalo, le invoca, después de haberle lavado los pies, por la salvación eterna. Ordénale entonces el Dios cantar á Rama, el héroe de la casta guerrera. «Acaba—le dice—el poema divino de Rama, que el *Ramayana* será repetido por boca de los hombres tanto tiempo como los montes se apoyen sobre sus bases y los ríos prosigan su curso, y tanto como el *Ramayana* dure, serán tu asilo mis mundos infinitos.»

¿Qué había de ser una obra de tal modo impuesta por la religión, sino es un acto del culto, una epopeya sacerdotal? Tal es en efecto su carácter.

Mezcla del profeta y del guerrero, tiene algo del Corán y de la *Iliada*, y así, el atributo particular de la civilización india consiste precisamente en este poema épico, nacido de la inspiración de la casta sacerdotal, cosa que falta completamente á las civilizaciones griega, romana y moderna. En la *Iliada*, la epopeya más cercana á aquella antigüedad, el principio de la inspiración es muy distinto, pues Homero se halla completamente emancipado del espíritu sacerdotal, siendo más bien un anciano que vaga libremente de ciudad en ciudad, que un sacerdote ligado á un santuario. «Canta, ¡oh diosa! la cólera de Aquiles»: he aquí sus primeras palabras. Aquí se ve que él es quien manda y se impone á su Dios, quien le agujonea y quien reina en su obra, lo cual muestra que el arte griego ha conquistado ya plena independencia. El poeta dispone á voluntad de los sucesos y de las tradiciones, y los cambia á su placer; estánle sometidos los cielos mismos, que adorna á capricho con su fantasía, y siempre ortodoxo, con tal que sea bella su obra, encierran ya sus creencias un escepticismo prematuro. En la epopeya india, al contrario, se halla el poeta sometido á la esclavitud de Dios, que le visita y prescribe su obra como un ritual litúrgico. Prosterne aquél su faz en la tierra al comenzar su poema, y por eso mismo el carácter del genio oriental se halla representado en aquel primer diálogo de Valmiki y de Brahma, del poeta y de Dios, en donde casi desaparecen poeta, artista

y poema, quedando sólo un Dios, un sacerdote, un santuario, una ceremonia solemne, la ofrenda de la palabra armoniosa; porque estas epopeyas se hallan colocadas en el rango de los libros sagrados, siendo para los indios lo que el Corán para los mahometanos y el Evangelio para los cristianos. Préstanse sobre sus libros abiertos los juramentos en los actos de la vida civil y política, carácter sagrado que no puede ser con más fuerza expresado que en los versos siguientes: «El que leyere la narración de las acciones de Rama, perdonado quedará en todos sus pecados y exento de toda desgracia en la persona de sus hijos y nietos. ¡Bienaventurados los que, habiendo oído el *Ramayana*, le comprendieron hasta el fin! ¡Bienaventurados también los que sólo hasta la mitad le leyeron! Él da la sabiduría al sacerdote, al noble una nobleza nueva, la riqueza al comerciante y hasta si por casualidad un esclavo le oyese leer, queda también emancipado y ennoblecido.»

Y no pensemos que luego que Valmiki hubo de este modo recibido la orden del cielo, se lanza de plano en medio de los acontecimientos de un poema. El genio de Oriente no procede con esta impaciencia, y antes que la acción comience, preciso es asistir aún á una de las escenas que mejor pintan la naturaleza contemplativa del Homero indio. Turbado por la inspiración que se aproxima, abrumado con el fardo de su pensamiento, siéntase el poeta al pie de un árbol secular, donde sueña en

las virtudes, en la belleza y en la nobleza de su héroe. Esta meditación es el asunto de su primer canto, y de este modo contemplamos anticipadamente cómo se desarrolla en el fondo de su pensamiento el plan entero del poema que, según dice el poeta, percibe en su espíritu tan claramente como el fruto del dátil en la palma de la mano, midiendo así lentamente en su inteligencia la extensión de aquella obra poética, *Océano maravilloso, lleno de todas las perlas de los Vedas*. Esta escena, que sigue á la de la aparición del Dios, da al comienzo del *Ramayana* un carácter de contemplación y de éxtasis, que corresponde perfectamente á lo que sabemos de la religión y costumbres del pueblo indio, pues bien podemos asegurar que no hay momento más bello en toda obra humana que aquel en que el autor la ve con los ojos de su pensamiento, en el fondo de su fantasía, mucho más perfecta seguramente que saldrá luego de sus manos. ¡Cuán lejos está Homero de semejante idea! Muéstrase, por el contrario, tan impaciente como el genio occidental que representa, y desde las primeras palabras se precipita sobre su asunto, como un águila del Olimpo que se abate sobre un rebaño, mientras Valmiki se cierne en las más altas nubes antes de descender á la realización de su designio y contempla largo tiempo el ideal de los sucesos y de las cosas que más tarde ha de describir: creación interior de figuras que ningún ojo ha de ver y de armonías que ningún oído mortal escuchará; génesis

de formas impalpables, de bellezas inauditas, de cimas inaccesibles, de perfumes no respirados, de luz, de estrofas y voces, de que el poema sólo será el eco ó la vaga sombra. Admiramos nosotros en las obras de los poetas y escultores los personajes y figuras que han creado; ¡qué sucedería si pudiésemos entrever tales imágenes y seres morales, no ya como fueron imperfectamente realizados por instrumentos incompletos, el cincel, la paleta ó las lenguas humanas, sino en el propio ser y pura idealidad con que aparecieron en el espíritu de sus autores! No hay artista alguno que no sienta sincero dolor al comparar la obra que ha soñado con la que ha ejecutado. La diferencia entre el modelo interior y su realización es precisamente el asunto que sirve de preámbulo al *Ramayana*. Y ¿quién no se siente conmovido ante la grandeza de aquellas ideas colocadas á la manera de una avenida de esfinges inteligentes en la entrada del monumento?

Penetrando así en la intimidad del poeta del Ganges, asistimos ya al nacimiento de sus pensamientos, fantasmas divinos apenas vestidos con la palabra. Falta ahora saber cómo su obra, en aquellos tiempos lejanos y desde el fondo de aquella soledad, pudo ser extendida y conservada en la memoria de los hombres. Ya en otra parte (1) mostramos de qué modo renovó en nuestros días una cuestión parecida la crítica acerca de Homero.

(1) *De l'Histoire de la poésie.*—Homero.

Pero ¿quién creería que al presente casi toda la luz nos viene de las orillas mismas del Ganges? Fácil es convencerse de ello. Valmiki, en efecto, cuenta para acabar su confesión de qué modo ha sido llevada de boca en boca su obra, y causa honda maravilla el saber por su relato cómo existían en las penínsulas de uno y otro lado del Ganges instituciones poéticas perfectamente análogas á las de la Grecia heroica y la Europa feudal, tales como rapsodas, que cantan los fragmentos del poema nacional, y ministriles remunerados por el auditorio, como los de la Edad Media. No podemos menos de citar aquí textualmente esta parte del *Ramayana*, que señala puntos de comparación tan evidentes entre sociedades que, por otra parte, parecen tan distintas y separadas.

«Acabado ya el poema del *Ramayana*, Valmiki se pregunta: «¿Quién lo dará á conocer al mundo?» En el momento arrójanse á los pies del sabio dos de sus discípulos, habitantes ambos de una ermita, ambos á cuál más ilustres y de voz melodiosa. Al ver á aquellos ingenuos hombres, díjoles inclinándose su frente: «Aprended el poema revelado; él da la virtud y la riqueza; él está henchido de dulzura cuando se adapta á las tres medidas del tiempo, y es más dulce acompañado del son de los instrumentos ó cantado por las siete cuerdas de la voz. Arrebata el oído, excita el amor, el heroísmo, la angustia ó el terror.» Después de haber hablado de este modo, el sabio enseñó á los dos jóvenes todo

el poema de Rama, y una vez aprendido por ellos de memoria, díjoles aún: «Id ahora á cantar esta historia á las asambleas de los sabios, en medio del concurso de los príncipes y en las reuniones de los buenos.» Aquellos dos jóvenes, retrato exacto del héroe, imagen reflejada de sus perfecciones, eminentes en los libros sagrados y en los misterios de la música, cantaron el poema en presencia de los sabios, y los dioses bajados del empíreo y los genios y los príncipes de la serpiente quedaron arrebatados de asombro y de alegría. En las épocas marcadas los dos príncipes predilectos volvían á entonar sus cantos, y los sabios se reunían por millares para oírles, con la vista inmóvil de placer y admiración, exclamando: «¡Oh, qué gran poema, imagen fiel de la verdad! Tú nos muestras los antiguos sucesos, como si ante nuestros ojos pasasen. Los que cantan tus estrofas en esa lengua de miel son dos príncipes de origen divino. ¡Oh! ¡Cuán puro es ese canto!... ¡Cuán armoniosamente hállanse sus palabras enlazadas y unidas entre sí por un arte inaudito! Regocijados así por sus cantos, un sabio les presentó un vaso lleno de agua consagrada; otro, frutos del bosque; un tercero, ricas vestiduras, ó un cáliz para el sacrificio, ó un sitial de madera de sándalo; otros, en fin, les deseaban una prosperidad sin límites ó una larga vida.»

He aquí, pues, en las orillas del Ganges á los rapsodas de la Jonia y á los ministriles de la Edad Media. Pero como el carácter de la teocracia se

hallaba también impreso en esta institución, debemos hacer notar que los rapsodas indios no van gozando de lugar en lugar con los festines de sus huéspedes, á la manera de los griegos, sino que se asemejan más bien á los de la Edad Media, que sólo cantaban la epopeya carlovingia en los castillos feudales. Así, el poema de Valmiki repítese ante una asamblea escogida, porque compuesto por un sacerdote, sólo por sacerdotes debía ser oído, hallándose las clases inferiores, los *sudras*, privados del goce de aquella poesía: se les excluía del mundo ideal, como excluidos estaban en cierto modo del mundo político y civil.

El *Mahabharata* comienza asimismo, con un tono no menos piadoso, por una conversación de religiosos en un monasterio consagrado al Dios Brahma, en que los solitarios ruegan á uno de sus compañeros que les cuente su historia, y cediendo éste á sus instancias, describe toda una epopeya en los intervalos de los sacrificios, siendo de este modo cantada la iliada oriental en la celda de una ermita.

El asunto de ambos poemas es una guerra religiosa, y en uno y otro el héroe va á los conventos á socorrer á los sacerdotes y solitarios, cuyos altares y monasterios son amenazados por una raza enemiga: recuerdo de las luchas de dos pueblos y dos religiones, de cuyo caos social salió la organización de las castas del Alta Asia. La epopeya es, pues, aquí el comentario de la legislación, y la

tradicción poética ocupa el lugar de la historia, refiriéndose á esta fase del asunto, como otras tantas ramas al tronco, multitud de escenas que pintan bajo sus diversos aspectos la sociedad asiática, el rey en su palacio, el brahmán en su ermita, el héroe en su litera embalsamada, las ceremonias del culto, la pira de los funerales, los sacerdotes en sus carros ligeros como el pensamiento, los ejércitos precedidos de rebaños de elefantes cebados, las bayaderas en sus danzas, los bosques resonando con el eco de los himnos y de las oraciones litúrgicas, las ciudades semejantes á los lagos fecundos en perlas, las soledades, los ríos, los mares, todo el cuadro, en fin, de la naturaleza de las Grandes Indias, tal como hoy aun aparece, á pesar de las revoluciones de los tiempos. Y no es posible dejar de notar cierto extrañío parecido entre el principio de esta civilización y el de la civilización católica, parecido que se manifiesta en una porción de instituciones idénticas, tales como un ideal común, el ascetismo, una especie de caballería, cartujas paganas, anacoretas ocupados en la maceración, peregrinos religiosos y hasta una trinidad divina en el dogma. ¿No parece, en efecto, semejante sociedad la imagen anticipada de la sociedad feudal, representada en los poemas caballerescos de *Artus* y de la *Tabla Redonda*? La analogía sería completa á no ser por esta única diferencia, á saber: el panteísmo en Oriente, Dios confundido con la creación, por una parte; por otra, en Occidente, la

personalidad de Dios distinta del universo. He aquí el abismo que divide estos dos mundos, abismo más profundo que el Océano que los separa.

Si después de esta ojeada general indagamos las relaciones de la epopeya india con la religión, no tardaremos en descubrir un hecho tan extraordinario que ninguna otra literatura lo presenta semejante. ¿No es extraño que todos los héroes de esos poemas sean dioses encarnados que han consentido revestir las formas y los dolores de la humanidad? Nada, sin embargo, es más verdadero, y aun debemos añadir que en nada se parecen estas divinidades á aquellas de Homero, que sólo del hombre tomaban la belleza y sensualidad, reservándose en medio de esa transformación la felicidad inalterable del Olimpo. No; la figura humana no es una simple máscara en los dioses indios, es una encarnación en el sentido más real, y por así decirlo, más cristiano. El Dios hecho hombre sufre, gime, llora, combate y acepta todas las condiciones de la vida humana, hasta la muerte misma, para redimir el universo de su caída, y Rama no es otra cosa que el dios Vichnu, que ha consentido pasar por hijo de un antiguo rey y recorrer todos los incidentes y aventuras de la vida terrestre. Esto, que es manifiesto en el héroe principal del poema, sucede también respecto de otros personajes, en los que, si los estudiamos y comparamos, no podremos menos de reconocer cierta divinidad ó verbo hecho hombre, desde el grado más elevado hasta el más

ínfimo de la clase social. No es difícil, en aquellos reyes que reinan veinte mil años ó en aquellos ascetas que viven en la abstinencia y maceración siglos y siglos, reconocer la máscara y encontrar el Ser Supremo encarnado en el sacerdote, el guerrero ó el monarca; pero si por acaso vemos pasar á un mendigo con su parasol y su urna medio rota, solicitando las limosnas de los sudras, no debemos fiarnos demasiado en aquella aparente degradación, porque bajo la figura de ese mendigo puede bien hallarse oculto el dios Siva, que expia de este modo no se sabe qué falta cometida en el origen de la eternidad. Esta epopeya, que así oculta en cada personaje una divinidad, merece, mejor que la del Dante, el título de *Divina Comedia*.

No porque los dioses vivan encarnados en la figura de los héroes dejan al mismo tiempo de mostrarse en los cielos, donde se retiran á sus dominios particulares ó se reúnen en asambleas sobre la cima del monte Merou. Es éste el Olimpo indio, imagen anticipada de la Grecia y del Egipto, donde viven los antepasados de las divinidades occidentales: Maya, la reina de la ilusión, cubierta con el velo que más tarde se extenderá sobre la Isis del Nilo; Crichna, el dios del Sol, arrastrado por los caballos que un día debía regir Apolo; Siva blandiendo el tridente que había de legar Neptuno; la Aurora con su carro tirado por pintados loros; la diosa Prithivi rodeada de panteras que luego aprisionará Cibeles; y por encima de todos, Brahma,